

huesos de todos los hijos de Adan muertos en el pecado; entre él y su padre está el infierno; y el Salvador gime, retuerce sus brazos desesperadamente, y pelea contra la muerte y contra la nada. Abrúmale la inmensidad de los pecados de todos los siglos: los terrores de la agonía agitan su espíritu, la sangre circula apresurada en sus venas, su frente, todo su divino rostro, está inundado de rojizas y brillantes gotas de sudor.

Y no fué, no, un sudor ordinario el que cubrió los miembros del Mesías cuando por nosotros padecía: era sangre aquel helado y mortífero sudor que humedecía su corporea y mortal forma.

Recobrando súbitamente el sentimiento de su divinidad, levántase Jesus del polvo, y mezclándose algunas lágrimas á la sangre que sus mejillas baña, alza los ojos al cielo, y ora en voz alta.

« ¡No existia aun el mundo, ó Padre mio: apenas le sacamos de la nada vimos morir al primer hombre, desde entonces cada segundo ha señalado la muerte de un pecador, y siglos enteros han trascurrido así cargados de tu maldicion! Mas al fin llegada es la hora solemne de los misteriosos padecimientos, la hora por nosotros señalada antes que el universo emprendiera su carrera sin fin, antes que la muerte inmolase su primera víctima! ¡A vosotros que dormís en Dios, yo os saludo en el fondo de vuestras silenciosas tumbas. ¡Despertados se-

reis! ¡Oh y cuanto padezco en este instante cargado con el peso de vuestra fragilidad; porque yo tambien he de morir pues que he nacido! O tú, que sobre mi cabeza suspendes tu brazo, tú que haces temblar á mis huesos amasados con barro, acelera el curso de esta amarga hora, acórtala que bien puedes, nada hay imposible para el Eterno. El terrible caliz que llenaste con tu ira y con tus espantosos terrores sobre mí lo derramaste; no lo hagas hasta la última gota, apártalo de mí... ¡Estoy solo, aislado de los ángeles y de los hombres, aun de mis mas amados, de los hombres que son mis hermanos!... ¡Y me rechazas tú! ¡Al juzgarnos, Padre celestial, dignate recordar que todos somos descendientes de Adan y que yo soy tu hijo!... ¡Mas *hágase tu voluntad y no la mia!* »

Así habló el Mesías, y mientras su trémula diestra se apoya en la noche, á su siniestra mano huye el dia. La horrible imagen de una eterna muerte pasa ante él, y las almas reprobadas maldiciendo á la omnipotencia; y en las entrañas de la tierra resuena el bramido de las cataratas de donde emanan los infernales terrores, y se derivan aquellos arroyos cuyo pérfido murmullo convida al engañoso sueño de la nada. El suspiro infinito de la desesperacion acusa á la creacion ante el Creador, maldiciendo lo pasado, lo presente y lo futuro.

ro; y el Hombre-Dios comprende lo que aquel suspiro significa.

Adramelec, que se habia posado ⁴ sobre una roca tan negra como él, con los ojos fijos en Jesus, los apartó de este un instante para considerar en la tierra á una de sus víctimas á quien ha conducido hasta el punto de quitarse á sí misma la vida. Resuenan en las cercanas colinas los desesperados lamentos del suicida, los gemidos que le arrancan sus tardíos remordimientos, y, precedido por aquellos espantosos ecos, deja el Principe de las tinieblas la roca que le servia de asiento. Centellean en su rostro el odio y el orgullo; profundiza su pensamiento el abismo de las maldiciones, y van á salir de su boca palabras amenazadoras como el lejano rugido del trueno, amargamente irónicas como los consuelos que hallan los condenados en los demonios; pero Jesus fija en él una mirada con la imponente magestad propia del Juez supremo, y Adramelec retrocede horripilado. Imagina, sin embargo, que aun podrá vencer á su dueño, y llamando en su auxilio á una niebla de vapores infer-

⁴ *Accroupi*, dice la traduccion francesa, y en la imposibilidad de emplear el literal significado de esa voz (agachado, acurrucado, puesto en cucullas), que en castellano es altamente ignoble, he acudido al verbo posarse, que se dice de las aves cuando despues del vuelo permanecen en determinado punto y en actitud análoga á la que el autor quiso dar á Adramelec.—T. E.

nales, envuelto en ella se lanza al espacio: mas en el punto mismo se desvanece el engañoso apoyo, cae el Príncipe de las tinieblas privado de fuerza y movimiento á los pies del Mesías, y entonces ya no ve ni al Mesías ni á la tierra... Vencido y lleno de terror, huye sin saber adonde.

Dejando el hijo del Eterno la humilde postura de pecador en que se hallaba, se acerca á sus dormidos discípulos, y la vista de algunos hombres, sus hermanos, le consuela de lo que acaba de padecer.

Saben los seráfines que la obra de la redencion toca á su término, porque en otro tiempo les ha dicho Elohá: « Cuando los vientos y la tempestad se lancen á un tiempo de entrambos polos, cuando en sus orbitas inmensas bramen los mundos como las olas de la mar furiosa, cuando las estrellas se eleven estremeciéndose en sus infinitas trayectorias, cuando en vuestras sienas sintais que vacilan las diademas de oro que las ciñen, y vuestras azuladas alas se cubran con el velo de cenicienta nube, entonces empezarán para el hijo del Eterno las angustias de la redencion. »

Y todas esas profecías se realizan, y los cielos cantan:

« Pasada es la primera hora de las pruebas; la primera hora de los sublimes padecimientos que aseguran la paz al universo, pasada es. »

Así cantan los cielos.

El Mesías de pie al lado de sus dormidos discípulos los contempla en silencio.

« ¡Pedro, amigo mio, exclamó por fin ; duermes mientras mi alma padece mortales angustias ! ¿ Con que no puedes velar conmigo una hora ? Lo quisieras, bien lo sé ; ¡ pero eres hijo de la tierra, y aun su lodo domina en tí ! »

Dice, y vuelve de nuevo á presentarle al Juez inexorable su cabeza que voluntariamente ha cargado con todos los pecados del mundo.

Envuelto en el negro manto de la noche, pasa Abbadona, á manera de fugitiva sombra, sobre la cima de los montes que se elevan al oeste de Jerusalem, buscando con inquietas miradas al Mesías, y, probando al mismo tiempo con las palabras que su trémula boca murmura que tanto teme como desea hallarle.

« Y me atrevo yo, dice, yo, miserable angel caído, á aspirar á la dicha de contemplar al hijo del Eterno. ¡ Culpable audacia ! tú sin duda acabarás de perderme. No, no : ¿ qué puedo temer yo, pues que Satan le ha visto impunemente ? ¿ Mas en donde podré hallarle ? He recorrido todos los desiertos, he subido hasta las fuentes de todos los rios, mis tímidos pasos han turbado la severa soledad de las sombrías selvas y de los floridos bosques. He dicho al cedro : Si tu sombra le acobija, dignese decírmelo el manso ruido de tus ramas. He dicho á las

montañas suspendidas sobre los precipicios : Inclinaos mas hácia mi rostro bañado de lágrimas para que pueda yo ver al Hombre-Dios si duerme en vuestras quiebras... Y luego me he dicho á mí mismo : Sin duda que la tierna solicitud le conduce al través de las nieblas de la mañana, ó la sabiduría y la meditacion le entretienen bajo subterráneas bóvedas ; y sin embargo ni en las nubes, ni en las entrañas de la tierra he podido hallarle ¡ Ay de mí ! ¡ Indigno soy de fijar mis ojos en tu rostro, divino Salvador ! ¡ Indigno de embriagarme con tu sonrisa misericordiosa ! ¡ Tú solo á los hijos de Adan rescatas ! ¡ Para el angel caido no hay redencion ! ¡ para el angel caido no hay esperanza ! »

Diciendo así, divisó á los discípulos que dormian, y admirado de la belleza y juventud de Juan, acercóse á él ; mas penetrado de santo temor, al descubrir en aquel rostro un reflejo de la divinidad, se detuvo temblando, y habló en espíritu al predilecto del Mesías de esta manera :

« ¿ Eres tú el Hijo del Eterno ? — Sí, debes serlo, porque un alma divina se retrata en tus facciones... ¡ Cuan tranquilo es tu sueño ! Ese reposo sublime es patrimonio de la virtud ; el desdichado Abbadona no puede ya gozar de él. »

Pedro despertándose á medias se vuelve á Juan, y le dice :

« Amigo, hermano mio, ¡ cuan terrible es el cruel

ensueño que acaba de aterrarme ! Pareciame ver á Jesus delante de mí y que me miraba severo : quise hablar, mas apartó el rostro como si me hubiera hecho yo indigno de su amistad. »

Al oír estas palabras, cayó el ángel rebelde en profunda y dolorosa meditacion. Súbito una dolorida voz, llevada en alas de la noche al través del silencio de la naturaleza, hirió sus oídos. Diríjese entonces hácia el valle de Getsemani de donde la voz salía, y á medida que á él se acerca la oye mas triste, mas lastimera.

« Así, dice, gimen los moribundos ; sin duda ese desdichado es un caminante víctima de algun asesino. Acaso apresuraba gozoso su marcha por los tenebrosos valles para llegar pronto á la morada donde le esperaban las dulces caricias de su familia, cuando el hierro homicida le hirió. ¡ Tal vez será noble y pura su alma, y su vida una cadena de acciones virtuosas ! ¿ Me atreveré á acercarme á ese infeliz, yo que soy uno de los príncipes del abismo ? No, no ; ¡ que sin estremecerme no podría contemplar á esa víctima de las criminales pasiones que fermentan en el fondo del tenebroso imperio, y rebosan sobre la tierra para perdición de la especie humana ! ¡ O inauditos tormentos ! ¡ A toda la sangre inocente que los hijos de Adán han derramado desde la caída de su padre, á toda la sangre inocente que han de derramar aun hasta el fin de los

tiempos, á toda junta la oigo clamar venganza ante el Eterno, y veo al Eterno castigar sin misericordia !... ¡ Quiero saciarme de desesperacion, quiero contemplar los despojos de los hijos de Dios, porque yo tambien he contribuido á perderlos !... ¡ Silencio de la tumba, ante tí mi pensamiento retrocede horrorizado ! Y sin embargo no en medio de ese silencio aparecerá un día el Juez terrible : sus pasos son el rayo que hiere, sus palabras el rayo que aniquila. »

Siguiendo la direccion de la voz que tan profundamente le conmueve, se ha aproximado Abbodna al Mesías, y le ve prosternado en el polvo, luchar convulsivamente con las angustias de la agonía. En aquel momento sacudió Gabriel la nube que le envolvía, y se inclinó hácia Jesus : celestiales lágrimas bañan la mejilla del serafín, sus oídos que desde el punto mas remoto de lo infinito oyen los pasos del Eterno y el crujir de los soles que á su vista se humillan, percibieron el movimiento de la sangre del Hijo del Hombre que circulaba en sus venas contraídas por el dolor ; contó el arcángel los latidos del corazón, contó los gemidos y oraciones del divino Salvador, y su inmortal pensamiento comprendió las angustias de la redencion. Incapaz de soportar mas tiempo el espectáculo de aquel inaudito padecer, alzó Gabriel al cielo su rostro bañado de lágrimas, pidiendo misericordia para el

Mesías; y en el instante legiones enteras de ángeles rasgan las nubes y unen sus ruegos á los del arcángel. Viólos Abbadona, y sintióse anonadar por una sombría desesperacion, comprendiendo mas vivamente que nunca el envilecimiento en que sumido se halla. Solo un instante fijó la vista en Jesus que levantó la frente cubierta de sangriento sudor, y tal espectáculo colmó la medida de su desesperacion.

« O tú, exclamó, que padeces aquí tormentos que la lengua de los inmortales es incapaz de explicar, ¿serás hijo del polvo? ¿serás un reprobó que reconoce demasiado tarde que hay justicia en los cielos? — ¡No, no, que tu forma humana brilla con divino resplandor, tus miradas se levantan á mas que á las tumbas de la tierra, á mas que á las nubes que las cubren con su inmensa bóveda! ¡Hay en tí un misterio cuya profundidad no me es dado penetrar! Un pensamiento, veloz como el relámpago, amenazador como el huracan, se despierta en mí... ¡Huye, huye, pensamiento terrible: eres solo un espectro hijo de mi terror! No, ese no es el hijo del Eterno á quien he visto sentado á la diestra de su padre; ese no es el hijo invulnerable del Eterno que sin piedad combatió á los ángeles rebeldes hasta precipitarlos en el abismo! ¡No, ese no es el hijo del Eterno á quien he visto de pié en su flamígero carro, con la noche y la muerte bramando á sus pies, y lanzando por los ojos venganza y

destruccion! ¡Aun le veo cuando sobre mí arrojó una de sus destructoras miradas: todos los abismos de lo infinito se estremecieron, y yo nada oí, nada ví desde aquel instante mas que noche y maldicion! ¿Y aquel implacable vengador, habia de ser este hombre que miro postrado en el polvo enrojado con la sangre que brotan sus poros todos? ¡Yo he apurado el caliz de los dolores, mi cuerpo está cubierto de las cicatrices de la condenacion, y con todo eso son nuevas para mí las angustias que le atormentan!... Al aspecto de ese hombre un terror santo me penetra hasta la médula de los huesos... Sí, todo en él es misterio y maravillas... ¿Habeisme abandonado para siempre, dulces memorias de los cielos? ¿Será que nunca pueda despertar en la mente á una sola de vosotras? Sí, sí; me parece que en otro tiempo oí anunciar un misterio sublime, del cual hasta en los infiernos se ha hablado, esforzándose vanamente Satan para convertirla en absurda fábula... ¡Ese hombre que así padece cargado con todos los dolores, con todas las penas de la tierra, no puede ser un simple mortal! Un coro de ángeles le rodea, la naturaleza entera, como santificada por algun pensamiento divino, se estremece y ora... ¡Ah! por fin te reconozco, Salvador del mundo: mas no vuelvas la vista hácia el miserable Abbadona, porque el horror que el verme te causaria, pudiera moverte

á que á tu trono regresaras, y entonces seria yo por segunda vez motivo de la perdicion del linage humano... Y sin embargo de que penetras en el fondo de mi alma, y de que ves mi tormento, no te apiadas, no; tú eres el Mesías de los hombres! ¡Oh si te hubieras dignado convertirte en serafin; si así padecieras para rescatar á los ángeles caidos! Entonces me seria lícito entonar en honra tuya cánticos de amor y de gratitud. Hijos de Adan: pues que por vosotros muere, adorad la sangre que va á derramar; y si alguna vez la profanaseis, yo, rompiendo las entrañas de bronce de los infiernos me precipitaria á los pies de vuestro mediador, y en voz inteligible para los cielos y para los orbes le diria: los pecadores que has rescatado rechazan tus beneficios, apróvéchense al menos de ellos los ángeles caidos. ¡ Si el infierno te aborrece, el desdichado Abbadona te adora! ¿ No te dignarás nunca echar una mirada de misericordia sobre su arrepentimiento? ¿ Correrán siempre sin ser vistas sus lágrimas de sangre? ¡ No se atreve á pedirte el perdón, mas abrumado por la inmortalidad te suplica que le sometas á la muerte! »

Asombrado de la atrevida esperanza que ha osado concebir, Abbadona huye presuroso.

Jesus se levanta del polvo donde estaba postrado, vuelve los ojos á sus discípulos que aun dormian; y los cielos cantan:

« Pasada es la segunda hora de las pruebas; la segunda hora de los padecimientos sublimes que aseguran la paz al universo, pasada es. »

Así cantan los cielos.

El Eterno tiene aun la balanza temida; los ecos celestes repiten palabras de muerte y de anatema, y ni una sola voz de misericordia, de paz, ni de esperanza. ¡ Sobre la tierra pesan tinieblas tan profundas como las que han de señalar la postrera noche, aquella á la cual seguirá de demasiado cerca el postrero dia, aquella en que han de resonar la voz del angel de la muerte, y los clamores de los recién nacidos de la tumba!

Encórvase el Mesías por tercera vez bajo la mano que le hace expiar los pecados del mundo. Así se estremece convulsivamente sobre el ara el cordero al espirar en manos del sacrificador; así Abel, pidiendo en vano auxilio á su padre, espiró á impulsos de una mano que amaba.

Velado por una nube sombría, está Elohá al pié del monte de los Olivos. Brama el trueno, rugen las aguas del Jordan; y al traves de ese amenazador ruido trasmite el Eterno sus decretos al serafin, quien inmediatamente se acerca al Mesías. En alas del viento helado de la noche llegan al angel los suspiros sofocados del Salvador, á quien pronto descubre tendido en tierra y destrozado por el dolor. A vista de la divinidad así atormentada, siente

Elohá que su angélico esplendor se desvanece, y queda en forma de simple mortal : mas vuelve Jesus hácia él sus moribundos ojos, y aquella mirada basta para que el serafin recobre su fuerza y brillo. Levántase entonces sobre una nube de oro y tiende sus azuladas alas sobre el Mesías.

« Hijo del Eterno, dijo, tu mirada me ha hecho digno de tí, iniciándome en el secreto de los cielos, á mí, que no soy mas que un soplo efímero del espíritu Creador, una gota de rocío en el océano de lo infinito. Tal como los soles que brillan para iluminar á los granos de arena que con el nombre de mundos ruedan en el espacio, debía yo servir al cumplimiento de tus designios sin comprenderlos; y sin embargo me has creído digno de revelarme tu divino pensamiento. ¡Bendita seas, inmensa mirada de mi divino Señor, que me has elevado sobre mi propio ser, que me has aproximado al que no tuvo principio ni tendrá fin! Esta felicidad que me inunda será por los hijos de Adán experimentada, cuando tú hayas obligado á la muerte á rendir su guadaña á tus pies. Sí, solo cuando concluya el mundo y el tiempo; solo cuando la eternidad comience será dado al linaje humano comprender el misterio de la redención, su felicidad, tu amor y tu gloria. »

Mientras que así decía el serafin redobláronse las angustias del Mesías; y el coro de los ángeles se

apartó en rápido vuelo, quedándose solo Elohá inmóvil y cubierto el rostro con las alas.

Tres veces habló el Eterno, y tres veces la tierra, trastornada en sus cimientos, se lanzó para perderse en los espacios, mas tres veces también el Eterno la detuvo.

Levántase de nuevo del polvo el Hijo del Hombre : venció, y los cielos cantan :

« Pasada es la tercera hora de las pruebas; la tercera hora de los sublimes padecimientos que salvan al universo, pasada es. »

Así cantan los cielos y Jehová vuelve á subir á su trono.

